

interesaron al gobierno para que impidiese su marcha (1). Envió su dimisión fundada en el honor del ejército y del suyo, no la admitió el gobierno, que sostuvo una verdadera campaña telegráfica con el general; comprendíase lo que Salmeron luchaba entre el convencimiento de la razón que asistía al jefe militar y la presión política que ejercía la oposición de la Cámara, y sabedor Pavia de que en breve dejaría aquel el poder y podría sustituirle un ministerio en que dominase el elemento cantonal, recibiendo al mismo tiempo multitud de telegramas de las autoridades de las provincias que tenía bajo su mando, notificándole que se agitaban los cantonales y llegaban agentes federales y carlistas de Madrid, recorrian los pueblos y alentaban a la insurrección, cedió en su insistencia de dimitir y marchó a Córdoba. A contar con mas fuerzas debió haber marchado a Madrid.

Permaneció en la corte de los califas contrarestando los esfuerzos de cantonales y carlistas, que no carecían de importancia; hacia falta tener ejército, y para ello decretó el gobierno el alistamiento de las reservas, que hacia difícilmente en las provincias de Granada y de Jaen, porque los mozos pasaban la frontera del autorizado canton malagueño como si fuera otra nación; merced á medidas energicas se pudo ir realizando el alistamiento, con la esperanza los cantonales de efectuar la insurrección general en cuanto cayera Salmeron; así que, al saberse que dejaba el poder, se notó una agitación convulsiva en todos los pueblos del Mediodía, y Pavia, á pesar de la escasez de fuerzas para dominar las diez provincias de Andalucía y Extremadura, procuró sostener el orden y la disciplina del ejército.

Contrariados los cantonales con la elevación de Castelar, que habia cedido mucho en su federalismo, amainaron hasta en sus amenazas; solo Ecija efectuó un movimiento socialista, produciendo algunas víctimas, pero acudió rápidamente el coronel Lopez Pinto con una pequeña columna, hizo ejemplares castigos y regresó á Córdoba. Creyó Pavia oportuna la ocasión para ir á Málaga, insistió en su dimisión, se accedió en tanto á que Solier con sus voluntarios fueran al Norte á pelear con los carlistas; el comportamiento que tuvieron en Madrid á su paso, les enajenó por completo la *opinión pública cantonal*, y convencido al fin el gobierno de que aquella gente nada garantizaba, se telegrafió á Pavia para que fuera á Málaga sin pérdida de momento. Empezó la marcha al día siguiente, y estando la vanguardia en Bobadilla, arribó el tren que conducía los voluntarios de Solier expulsados de Madrid, mandó se les desarmara y quitara las gorras coloradas que ostentaban, y que siguiera el tren para que aquellos voluntarios llegaran á Málaga, precediendo bastante tiempo á las tropas. Estas entraron en la ciudad al día siguiente sin el menor obstáculo, y cuando Pavia se disponía á desarmar los voluntarios de Málaga y del resto de la provincia, disolvió el gobierno el ejército de Andalucía, considerando cumplida su misión (2). Temióse una preponderancia que estuvo muy lejos de hacerse valer, aunque á ello impulsaba la opinión pública y el interés de la patria.

Tomaban parte en esta general conflagración apasionados alfonsinos que prepararon una insurrección en el cuartel de

(1) De los muchos telegramas que habian mediado de Pavia con los cantonales y el gobierno, presentaremos como muestra el siguiente:

«Loja 10, 10³⁰ noche.—General en jefe gobernador.—Yo no insulto á V. S., lo que he hecho es responder con energía á su telegrama estúpido y falto de respeto ó consideración al general en jefe. V. S. será diputado de la Constituyente y representante de la Asamblea. Para mí no es mas que el gobernador civil de una provincia que está bajo mis órdenes; que los grandes servicios que dice V. S. ha prestado á la república, son cuestiones de localidad entre el Sr. Carvajal y V. S. Me alegro mucho esté tranquila Málaga, y que no trate de insurreccionarse, porque no me alegraría el combate y economizo la sangre. Celebro que sea adicto al gobierno. Con respecto á que las 40 piezas de grueso calibre no asustan al ciudadano Solier y al pueblo á cuyo frente está, le contesto que el 1.º de enero los vencí á Solier y á su pueblo, y que el Sr. Solier ni cayó muerto, ni prisionero, ni herido. Basta de telegramas, que concluyendo con lo de Granada, iré á Málaga y podremos seguir la conferencia.»

(2) Nombrado Pavia capitán general de Madrid, no admitió este cargo.

la guardia civil establecido en la calle de Serrano, en Madrid, en el cual, y en la inmediata casa del Sr. Michelena, se reunían los generales Balmaseda, Martínez de Campos, Bassols, Gasset, Marchessi y otros, brigadieres, coroneles, etc., incluso el coronel de la guardia civil Sr. Iglesias, y el gobierno les envió un recado para que se retirasen á sus casas. No por esto cedieron en sus trabajos de conspiración: fué á Andalucía el brigadier Sr. Guillen y Buzaran, que llegó á Córdoba con nombre supuesto, y á Málaga cuando acababa de efectuarse la insurrección, tratando de aprovechar el desorden á favor de D. Alfonso. Envió también á Córdoba el comité alfonsino al actual general D. Manuel Salamanca para provocar un movimiento al grito de *ejército y orden*, contó con elementos carlistas, envió agentes á Granada y Almería á preparar la insurrección, obró con actividad venciendo las contrariedades que se le opusieron, y preparado todo esperaba al general Caballero de Rodas, quien en vez de acudir á Córdoba envió un recado para que se diese el grito, y que las fuerzas pronunciadas marcharan hacia Portugal, que él saldría de Badajoz. Consideró Salamanca absurdo este plan, que era lo mismo que llevar las tropas á la emigración, dejando abandonado el paso de Despeñaperros, que era lo primero que debia ocuparse; al escribirlo así á Madrid se le ordenó que él hiciera el movimiento, y convenido efectuarle, al formar las tropas de Ripoll para marchar á Sevilla, este general, mostrando mas inteligencia y astucia de la que de él esperaban los conspiradores, les prendió al acudir á la cita, pudiendo salvarse Salamanca disfrazado de carabiniere. Fracasó por completo la insurrección alfonsino-carlista, procurando cada partido aprovecharla para su causa.

CAPITULO II

Operaciones militares.—El cura Santa Cruz.—Eraul.—Correrías carlistas.—Cataluña.—Ripoll.—Berga.—Puigcerdá.—Sanahuja.—Maestrazgo.

Sospechosos al nuevo gobierno de la república los generales Gaminde y Moriones, por haber replegado las fuerzas de su mando, reconcentrándolas, abandonando así á los carlistas, ofreció Figueras á Pavia la jefatura del ejército del Norte exponiéndole la creencia probable de que Moriones no se dejase relevar, y ante este peligro, aceptó y salió aquella noche llevando el decreto del relevo de aquel general y autorización para hacer lo que tuviese por conveniente. Procedió Pavia con actividad, hizo fracasar la conspiración tramada para evitar el relevo de Moriones y encargóse del mando sin la menor dificultad. Captóse por su comportamiento las simpatías del ejército, aun de los comprometidos en la anterior conspiración, contra los que no adoptó la menor medida, anunció su nombramiento á los vascongados y navarros, diciéndoles además que la república recibía á todos como hermanos, sin convenios, pactos, ni traiciones; que sus deseos se sintetizaban en la palabras paz y fueros, ofrecía perdón y olvido, y pedía á los carlistas le abrieran los brazos para arrojarse en ellos.

Reconocían y alababan las provincias Vascongadas tan buenos deseos, comprendiendo que la república naciente no podía emplear otro lenguaje: «pero si la anima el espíritu de la propia conservación, decía el diputado general de Guipúzcoa, bien pronto se convencerá de que el partido carlista, que es el enemigo mas temible de todos, no lo atraerá nunca, y que solo con la fuerza y aplicándose la ley en toda su severidad y sin contemplaciones de género alguno, le reducirá á la impotencia, y que no sirva de obstáculo al sol que acaba de nacer.» No creía que respondiesen al llamamiento que se les hacia, y si respondían, sería con el fin de prepararse con mas elementos para otra sublevación, y recomendaba que dentro de breves días se diese fin á las contemplaciones y se les aplicase la ley con energía, prescindiendo de amnistias é indultos, que los carlistas atribuían á miedo.

No habia pensado Pavia en demorar siquiera las operaciones: restableció la circulación de la vía férrea empezando la de los trenes exprés, ordinarios y de mercancías, lo cual produjo buen efecto en la opinión; ordenó que los heridos fueran

indultados y sagrados los prisioneros, y organizadas sus fuerzas salió el 20 de febrero de Vitoria para Tolosa, siguiendo Ibarreta á Andoain á vigilar el río Oria en su parte inferior. Fontela, que se hallaba en Elgoibar, se propuso impedir á Ollo tomase los montes y obligarle á dirigirse á la costa, pero al ir hacia Azcoitia se encontró en seguida dominados los altos por el cura Santa Cruz, el de Orio, Iturbe y otros. Les desalojó de aquellas posiciones la artillería que situó en la carretera, pudo así seguir á la población donde se defendían 59 carabineros, hacia tiempo, llegando Fontela cuando ya habian ocupado los carlistas algunas casas del arrabal de Santa Clara, de las que les desalojó y de los cerros inmediatos. Esta operación distrajo á Fontela de su propósito y la aprovechó Ollo marchando á Cestona.

El cuartel general y casi todas las divisiones y columnas se pusieron en movimiento para impedir que Ollo se corriera desde Cestona á Segura, ó que en cualquiera dirección que tomase lograra regresar á Navarra, á donde no podía menos de ir. Tenia que atravesar el Oria y salvar posiciones difíciles: no le arredraron, se trazó su marcha, volvió á escribir á Santa Cruz para que la protegiera, contestando lacónicamente que no podía moverse por la mucha nieve, y limitados los navarros á sus propios recursos, sin haber visto á un guipuzcoano armado, marcharon toda la noche pasando por Goyaz y Vidania, puntos que debió haber ocupado Fontela, si le hubiera llegado el aviso: pudo así el carlista empezar á salir de la crítica situación en que se hallaba, y en la madrugada siguiente cruzó el río por los puentes de Icastigieta y Legorreta, causando algunos desperfectos en las vías férrea y telegráfica. Supo aprovechar Ollo el descuido de los liberales de no ocupar los anteriores puentes; bien es verdad que la columna que pernoctó en Villafranca y Beasain estaba muy lejos de creer que los carlistas lo hacían bajo el puesto de Goyaz, estando tan próximos. Ollo se consideró apurado, pues con mas diligencia y prevision sus perseguidores, ó con mejor espionaje, lo hubiera pasado mal, llevando á su izquierda las columnas Loma y Gardyn. Apresuróse á tomar la carretera de Lecumberri, por cuyo mal camino tenían que marchar uno á uno los caballos; supo al romper la marcha que una columna enemiga ocupaba una grande altura que dominaba el camino que llevaba; le contrarió esto en términos de no saber qué partido tomar, pues sabia que otras columnas estaban á retaguardia, y por el flanco derecho no permitía el terreno proseguir; ordenó Ollo á Radica hiciera frente á la columna que amagaba por la izquierda, mientras podía continuar la marcha el resto de la columna, colocando Ollo otra en reserva protegida por la disposición del terreno; rompióse un ligero tiroteo que cesó pronto por la falta de municiones y mal armamento de la gente de Radica, que tuvo que retirarse de prisa, dejando algunos mulos y efectos abandonados.

Habia conseguido Ollo su objeto volviendo á Navarra, lo que alegró mucho á su gente: allí tenían confidencias mas rápidas y seguras, se racionaron mejor y descansaron por aquellos pueblos de Astiz y Madoz hasta que pasando la Baranca entraron en las Amescoas y sierra de Goñi, contramarchando segun los combinados movimientos de los liberales, disponiéndose para recibir á Dorregaray. Pavia corrió tras su enemigo, pero ya no tenia que habérselas solo con Ollo y algunos otros jefes, sino que considerablemente aumentados los carlistas, habian formado mas de veinte partidas (1) bien distribuidas, constanding su fuerza de unos 640 hombres, medianamente armados y municionados y Ollo reunía unos 1,200 infantes y 120 caballos, sin remontas, pero la partida destinada á recoger caballos cumplía bien su cometido. Todo tenian que proporcionárselo ellos mismos, pues ni recibían el menor recurso de Francia, ni parecia ninguno de los de la junta de la frontera; solo daban esperanzas, «y de los que no las daban nos reíamos, nos dice uno de los jefes, y mas tarde vinieron cuando cómodamente se podían alojar,

(1) Las mandaban Los Arcos, de Cárlos, Aldea, Janiz, Rosa Samaniego, Zugasti, Latosa, Alustiza, Urra, Maestro de Muniain de Salinas, Zunzarren, Miguelia, Mozo, Irañeta, Martínez y el manco Fermin, Leza, Acareta y otros.

para hacerse los prohombres. Legitimistas, asociaciones, cabildos ni conventos nos daban un céntimo. Si alguna corporación eclesiástica ó individuo del clero, ofreció alguna cantidad de los fondos de la iglesia que administraban, era cuando estaban en la creencia de que nos era poco menos que imposible ir por ella, y cuando se iba con gran sorpresa suya, antes de entregarla negaban su existencia, inventaban disculpas, y se nos amenazaba con la excomunion si se tomaba aquel dinero (que no se dejaba). Con nuestros esfuerzos, que mejor que nadie saben apreciar los enemigos, pues habia que animar al país, todavía irresoluto y celoso, animándose á medida que aumentaba la perturbación que reinaba en España, se logró la organización de la fuerza que ya teníamos cuando vino Dorregaray.»

Los mismos esfuerzos se hacían en Guipúzcoa, llevándose forzosamente á los mozos de los caseríos y de pequeños pueblos, y aun de los arrabales de poblaciones importantes y guarnecidas. Ya merodeaban, imponiéndose, el cura Santa Cruz, el de Orio, Iturbe y Felix con mas de 500 hombres; pero ningún jefe obtenia mas prosélitos que los que se procuraban por la fuerza; así que para despertar un entusiasmo que estaba muy lejos de sentirse, dirigió Dorronsoro como diputado general, una alocución á los guipuzcoanos, exponiendo con motivo de la proclamación de la república, el peligro de la religion y de la integridad de la patria, que los fueros, ya en esqueleto, serian letra muerta, la propiedad presa de las turbas y reducida á pavesas por el petróleo; condenaba la ley electoral hecha en las juntas de Motrico que restringía el derecho electoral de los guipuzcoanos en las elecciones municipales, y les llamaba á defender la bandera de Dios, fueros, patria y rey, sin repeler á nadie.

Los sucesos políticos alentaban la entrada en España de los que esperaban en la frontera el fomento de la guerra. Dorregaray entró el 17 de febrero por Dancharinea, dirigiendo una proclama al ejército para interesarle por la causa carlista; y al presentarse á Ollo y Pérula en Asiain, arengó á las fuerzas allí reunidas, diciéndoles entre otras cosas que *ahora empezaba la lucha*, cuyas palabras no fueron bien recibidas, porque la verdad era que la guerra estaba ya comenzada. Continuaron la misma táctica de marchas, sin variar el sistema de lucha que desde el principio iniciaron aquellos arrojados carlistas, que no habian de recibir seguramente grande enseñanza de las lecciones que pudiera dárselos: algunos quisieron abandonar á Dorregaray considerándose ofendidos.

Reunido el grueso de los carlistas navarros en el valle de Echauri, salió Pavia de Pamplona en medio de un deshecho temporal, se le incorporó la columna Castañon, que ocupó las formidables posiciones de la Peña de Echauri para ayudar á salvar la divisoria entre los valles del Arga y Guezalaz, y sin otra novedad que el disparo de algunos tiros de los carlistas que ocupaban la ermita de Santa Lucía, prosiguió hasta Salinas de Oro, donde quedó Pavia con la columna, corriéndose los carlistas á Abarzuza y posiciones que cubren las avenidas de las Amescoas. Prescribió Pavia diferentes movimientos para atajar los pasos de sus enemigos; pero estos supieron evadir la persecución que se les hacia dirigiéndose al valle del Aguilar, y detrás de ellos el jefe liberal que no podia mostrarse mas diligente, á pesar del terrible temporal de lluvias, que no cedia y ponía intransitables los caminos. A una legua ya de los carlistas que estaban tranquilos en el pueblo de Aguilar, á pesar de la aproximación del enemigo, por ser de noche y estar Aguilar asentado en la cima de un elevado cerro, á cuyo pie se encontraba Pavia, dando difícil acceso un estrecho camino, haciendo esto imposible, además de la oscuridad, conducir la artillería, pues con dificultad inmensa podría maniobrar la infantería, resolvió pernoctar en Azuelo, aplazando el ataque para el día siguiente, si el enemigo esperaba. No estaba este en situación de hacerlo, y salió aquella misma noche en el estado mas desastroso á pernoctar á Poblacion y en Aldea. Allí corrió Pavia, y estrechados sus enemigos y en bien apurada situación salieron hacia Labraza. Comprendiendo su perseguidor que intentarían una contramarcha rápida para atravesar el valle del Aguilar y dirigirse al de la Berrueza, distribuyó convenientemente sus tropas; pero era

además preciso ocupar la parte inferior del valle, y como no llegó á tiempo el aviso que se dió á Lerín para que acudieran fuerzas á Torres y Sansol, siguió Pavía á Armañanzas y á los dos mencionados, y los carlistas, desde Labraza contramarcharon por su flanco izquierdo hácia Aras, en cuya marcha hubo otro pánico y tan terrible, que la fuerza del Baztan á las órdenes de Hormazas, se dispersó tirando los fusiles, y abandonando los jefes sus caballos; y hubiera sido mayor el desastre, á no ser por el coronel Oscariz, que á palos é insultándolos detuvo á los que huían. Pérula quedó en Labraza con la gente de Mendoza y Radica, incorporándose despues á Ollo, y al bajar por Azuelo vieron á los liberales é hicieron alto ocultándose detrás de un cerro, viendo pasar á las tropas que iban en su busca: en cuanto pasaron por su retaguardia, fueron al santuario de Codes, volviendo á Ontiñano y Acedo. Sigase en el mapa el itinerario de los movimientos que acabamos de reseñar, y se comprenderá su importancia y lo que era la guerra entonces. No puede hacerse persecucion mas activa y bien entendida que la ejecutada por el jefe liberal, que apenas permitió á sus enemigos el menor descanso, y sin embargo, no podía eludirse tampoco con mas inteligencia un encuentro que hubiera sido seguramente una completa derrota para los perseguidos. Constante Pavía en su empeño, se estrechaba ya mucho la zona de los carlistas, que tenian que dispersarse por las Amescuas; pero les favorecian las vicisitudes políticas. El poder ejecutivo, ya que no complació al general Nouvilas nombrándole ministro de la Guerra, aunque tenia mas derecho á serlo que otros que lo fueron, y estaba de capitán general en Madrid, le confirió el mando del ejército del Norte. Corto habia sido el de Pavía, pero fructífero, aun cuando no hubiera hecho mas que salvar al ejército de la indisciplina tan funesta que cundió por todas partes, y que para fomentarla trabajaron tanto los agentes carlistas; interés á las diputaciones y á muchas personas influyentes, harto desanimadas, tuvo de su parte á los pueblos por el buen modo con que los trató, restableció las vías telegráficas y férreas, distribuyó bien su ejército, y los mismos perseguidos nos han declarado que jamás se vieron en situación mas apurada que la en que les puso el general Pavía. El relevo de este general produjo por el pronto la paralización de las operaciones, y mientras Nouvilas se hacia cargo del estado de la guerra y formaba su plan, se rehicieron los carlistas y tomaron nuevo incremento.

En Guipúzcoa continuaba distinguiéndose el cura Santa Cruz fusilando á una mujer en Arechavaleta, incendiando el casino de los voluntarios, y pasando poco despues por las armas á un propio de Salinas. Limitábanse sus operaciones y las de los demás partidarios de la provincia á invadir pueblos, sacar mozos, raciones y dinero, y evadir la persecucion mas ó menos activa ó entendida que se les hacia. Para disminuir en algo los efectos de aquella, no perdonaban medio alguno por reprobado que fuese para inutilizar el ferro-carril, como lo hicieron entonces en un túnel produciendo un terrible descarrilamiento: comunicábase además á todos los empleados y dependientes de la vía, que serian fusilados en cuanto en ella se les encontrase; Lizárraga amenazaba á los alcaldes con 10,000 reales de multa por la primera vez y fusilarles la segunda si no le avisaban el movimiento de las tropas; Caperochipi ofrecia fusilar á los sospechosos y á los que condujeran pliegos, y Garmendia, ordenado de prima, y conocido por el estudiante de Lazcano, su pueblo natal, fué mas allá, mostrándose émulo en ferocidad de Santa Cruz, ya que lo era de todos los demás en indebidas exacciones de dinero y en el odio á los libros del registro civil, evidenciando así su crasa ignorancia, y que ni aun comprendian lo que significa esta reforma establecida en todos los pueblos cultos, que en nada merma ninguna otra clase de derechos, y que era una necesidad en nuestra patria su establecimiento, careciendo completamente de importancia política. Unido al estudiante de Lazcano el ex-carabainero Aramburu (a) Beltza, produjeron el bárbaro descarrilamiento de Isasondo y el fusilamiento despues del maquinista y un jefe (1). Como si no fuera bastante

(1) Son curiosos los detalles. «A las 4 de la mañana del 7—marzo—

tamaño ferocidad, pocos dias despues, el 12, al llegar el tren exprés para Francia al túnel de Icazteguieta, con la velocidad ordinaria, se encontró con que los carlistas habian inutilizado la vía á la entrada del puente sobre el rio, ocasionando el descarrilamiento del tren, que corrió todo el puente, hasta que pasado, cayó destrozándose, y matando al maquinista y á dos guardafrenos. En el instante en que el tren desembocaba del túnel, sufrió una descarga de la partida carlista, autora del atentado, que esperaba ocupando una fuerte posicion frente al puente; y despues del descarrilamiento, cuando los inocentes viajeros estaban aterrados ante tan triste é inhumano espectáculo, sufrieron otras dos descargas, sin consecuencias por fortuna. Rehechos del susto y sorpresa 23 carabineros que iban en el tren, atacaron á los carlistas á la bayoneta, y les obligaron á retirarse á una altura, desde la que estuvieron observando cuanto pasaba en el lugar del siniestro, hasta que llegaron mas fuerzas y los desalojaron. Tuvieron lugar otros descarrilamientos, se constituyeron en fuerza armada los empleados de la compañía, y la empresa tuvo que mostrar la imposibilidad de la circulacion de los trenes entre Alsásua é Irun.

En uno de los movimientos de Fontela desde Oyarzun hácia Lesaca, halló á la partida de Soroeta posesionada de las peñas de Ogatza, que tomó á la bayoneta despues de algun fuego, muriendo el jefe carlista. Iniciada la retirada de los liberales á Oyarzun, cargaron sobre ellos los carlistas molestándoles en su retaguardia, teniendo que efectuar la retirada por escalones, con la artillería delante y experimentando algunas bajas. Loma continuaba persiguiendo hasta Vizcaya á varias partidas guipuzcoanas, teniendo con ellas algunos encuentros; pero si las hacia penetrar en el señorío no impedía su regreso á Guipúzcoa, en la que se hallaban mas satisfechas que en aquel.

Por la parte opuesta llegaba Santa Cruz en sus merodeos hasta Berastegui, de donde llevó varios presos, fusilando al regidor don Andrés Alduncin, y apaleando á cuatro de los ocho guías que sacó de aquella villa. Apenas se movia aquel infausto cura que no dejara en pos de su huella cenizas, lágrimas y sangre; era ángel de exterminio, sarcasmo del carácter sacerdotal de que estaba revestido, y tanto sublevó la opinion pública, que hasta empezó á disgustar al mismo don Carlos, que escribió á Dorregaray: «He leído en los diarios un bando de Santa Cruz, prometiendo indulto é imponiendo pena de la vida al que no se le presente. Ignoro si es cierto, y los motivos que le hayan obligado; pero si fuese cierto, desapruébo completamente que uno que se titula comandante de batallon publique bandos de esta importancia, que solo competen, ó al general en jefe ó al comandante general de la provincia, supuesta la autorizacion de aquel.»

Encargado al fin Velasco de la comandancia carlista de Vizcaya, impuso una contribucion de mas de dos millones de reales sobre la riqueza territorial del señorío, y á pesar del desafuero que se cometia, excepto Bilbao, Abando y Deusto, todos los demás pueblos aprontaron su contingente.

Valde-Espina, que habia penetrado en Vizcaya con un buen batallon guipuzcoano mandado por Iturbe, salvó el círculo

se presentó en Isasondo la partida del estudiante de Lazcano, en la cual iba el ex-carabainero Francisco María Aramburu (a) Beltza: obligóse al capataz Mugica á levantar un rail en el segundo puente de hierro entre los kilómetros 585 y 586, y colocar petardos sobre la vía. Salió el tren diario de Beasain á las seis de la mañana, y despues de oír la detonacion del petardo, los carlistas que se hallaban en la trinchera del kilómetro 585, dispararon sobre aquel creyendo no pararía; pero como el maquinista oyese la detonacion del segundo petardo se detuvo antes de llegar al puente. Entonces los carlistas hicieron apearse á los viajeros y empleados, obligando al maquinista á que abriese el regulador y se bajase de la máquina, dejando escapar el tren, que pasó el puente salvando el rail levantado, descarrilando despues todo él en la curva inmediata, destrozándose y destrozándolo todo. Lleváronse presos al anciano maquinista Mr. Drau y al jefe suplementario Sr. Echevarría, dejando en libertad á otros que tambien prendieron, y á los viajeros. Grande empeño mostró la empresa en rescatar aquellos dos desgraciados, que fueron fusilados á los cinco dias, y cerca de dos meses despues ofició Lizárraga á don Marcelino Ugalde para que fuera á ponerlos en libertad.—*Historia contemporánea.*

en que le encerraban Loma y Ansótegui, aprovechando un paso mal cubierto, volviéndose fatigados los carlistas á Guipúzcoa. En vano se afanaban por sacar mozos para formar en Vizcaya un respetable núcleo de fuerzas que sostuviera la guerra, procurando la diputacion liberal evitarlo, ofreciendo á todos los que aptos para el servicio de las armas se refugiassen á cualquier pueblo guarnecido por fuerzas liberales, socorrerlos con 4 reales diarios y con 8 y racion los que tomasen voluntariamente las armas para ayudar á la guarnicion á la defensa del pueblo. Excelente medida que hubiera dado mayor resultado del que dió, si lo que era una invitacion hubiera sido un acto forzoso; que forzosamente formaron los carlistas sus huestes. Como no aumentaban mucho las partidas vizcainas, creyó don Carlos necesario que, antes que Nouvilas empezara á operar, se trasladase Dorregaray á Vizcaya con fuerzas escogidas, para que con su presencia y autoridad diese la necesaria á Valde-Espina para la reorganizacion del ejército en aquel país; que los guipuzcoanos facilitasen los 200 fusiles que ofrecieran, y Goiriena y otros jefes que habian sacado cantidades de varios pueblos, proporcionasen recursos para comprar armas.

Así se escribió á Valde-Espina para que inutilizase el ferro-carril, teniendo partidas dedicadas á esto exclusiva y constantemente, para que no hubiese fuerza militar que pudiese evitarlo, ni compañía que resistiera á este trabajo y gasto diario; que esto importaba en Guipúzcoa mas que en Vizcaya, pues además de la importancia militar, tenia la de la comunicacion directa entre Madrid y Francia, «y al ver llegar los trenes y correos se figuran que lo de las provincias es insignificante.» No necesitaban tanto las partidas para mostrar la saña que tenian al ferro-carril y el placer con que le destrozaban.

Temiendo Elio que los liberales ocupasen la frontera, alentaba á que se aprovechara lo libre que se le dejaba para la introduccion de armas, municiones y efectos, que no se podrian pasar si se ocupaba y fortificaba (1). Apuraba Dorregaray porque se le enviara armamento, en lo cual se afanaba don Carlos; se constituyó en Lóndres un comité para reunir fondos, y como se consideraban favorables las circunstancias, no se perdonaba medio alguno para aumentar las fuerzas carlistas, procurando á la vez introducir la desunion y la indisciplina entre las republicanas.

El nuevo jefe del ejército liberal don Ramon Nouvilas, dióse á conocer diciendo á los navarros y vascongados, que bajo los pliegos de la bandera republicana cabian todos los españoles que á ella se acogiesen con lealtad; que no conservarían la autonomia que les daba sus fueros sino deponiendo las armas y acudiendo á los comicios para que sus diputados les asegurasen los derechos que de otra manera ponian en grave peligro; que las fuerzas republicanas eran mayores y mas fuertes; que los carlistas derramaban su sangre por imponer un rey extranjero que no habia dado muestra de conducirlos á la victoria; que no se empeñaran en ser los causantes de la ruina de su país; que emprendería las operaciones con energía, seria inflexible, les impondría la paz, y acabaría de una vez para siempre con sus insensatas é infundadas esperanzas de restauraciones imposibles. No eran alocuciones lo que se necesitaba, y menos cuando mas animados estaban los carlistas, que no cesaron en sus correrías. Tropezaron en una de ellas con una pequeña fuerza de ingenieros al mando del joven oficial don Honorato Saleta, que se aprestó á morir ó ganar la cruz de San Fernando, secundándole decididamente el sargento Bengoa, cabo Órtega y demás individuos; intimóles Dorregaray la rendicion, contestaron «que los ingenieros no se habian rendido jamás;» volvió el ayudante carlista, marqués de Vallecerrato, manifestando que aunque Dorregaray aprobaba su conducta, no podía prescindir de atacarles, advirtiéndole que no podrian resistir á fuerzas veintitres veces

superiores; de nuevo rechazaron la rendicion que consideraron mancharia la gloriosa historia del cuerpo; se aprestó Saleta á resistir, y vió con sorpresa que los carlistas desfilaron por delante sin disparar un tiro, calificando á los ingenieros de los *cuenta y dos caballeros de Muruarte de Reta.*

Dirigieron los carlistas á Monreal, y al saberlo Nouvilas, salió de Pamplona sin dar descanso á su tropa, sorprendiendo en la venta de Olorz, una legua antes de aquél pueblo, la avanzada liberal mandada por D. Enrique García, á la carlista que estaba á las órdenes de Balduz. Llevó su hijo la noticia y la alarma á Monreal, donde se introdujo gran confusion, corriendo los carlistas en distintas direcciones, aumentando la alarma los toques de corneta, afanándose Pérula y Ollo en ordenar la defensa ocupando todas las casas y cercados que dan frente y dominan el camino, pues esperaban verse repentina y fuertemente atacados. Los liberales rompieron el fuego sin terminar el avance, lo cual permitió á sus enemigos organizar mejor la defensa. Adelantóse al fin la vanguardia liberal, rompieron el fuego los carlistas, se generalizó en breve en toda la línea, empezaron á pedir los carlistas caballería, corrió Pérula á la posada á sacar su fuerza, pero se habia retirado ésta á retaguardia por el camino de Idocin, sin poderse averiguar quién fué el autor de aquella orden tan inconveniente. Fué empeñándose cada vez mas el combate, la vanguardia liberal mandada por Ibarreta, sostenia bien el fuego sin poder disminuir el del enemigo, puso Nouvilas en batería la seccion de montaña concentrando sus fuegos sobre las casas del pueblo, dispuso otros movimientos convenientes, y guiados los carlistas por su impaciente arrojo, se lanzaron á la bayoneta mezclándose con sus enemigos, hasta llegar á apoderarse de un cañón; allí se peleó cuerpo á cuerpo; junto á la pieza, que no se llevaron los carlistas, recibió un bayonetazo en el pecho el capitán carlista Martínez. Agotadas las municiones de las fuerzas del flanco derecho que mandaba Radica, se retiraron (2); entonces observaron Dorregaray y Ollo que se debilitaba el fuego, y sorprendiéndoles el verse acometidos á sablazos, recibiendo Ollo uno de plano en el costado izquierdo: eran cuatro valientes soldados de Numancia que hasta allí llegaron y recibieron la muerte en el mismo terreno en que acuchillaban, no sin ser elogiados por sus mismos enemigos. Y si esto sorprendió á los jefes citados, les asombró el ver la retirada de sus fuerzas, replegadas y con orden por el camino de Idocin, sin que ninguno de ellos lo hubiera ordenado.

Bien deseaba Nouvilas perseguir á su contrario, pero habian hecho sus tropas una marcha de ocho leguas, sin alimento, ni mas descanso que un corto rato en Pamplona, y era avanzada la hora de la noche en que terminó aquel rudo combate de dos horas. La persecucion la encomendó á otras columnas situadas convenientemente para este objeto. Entre las sensibles pérdidas que hubo en uno y otro campo, lamentóse la del valiente coronel D. Manuel de Ibarreta (3).

En la anterior accion demostraron los carlistas que si les sobraba valor les faltaba organizacion y disciplina. No era modelo la del ejército liberal que llegó hasta el punto de no querer salir de Pamplona algunas de las fuerzas que regresaron de Monreal, presenciando aquella ciudad lamentables escenas producidas por los soldados de Puerto Rico y otros, excitados muchos por los agentes carlistas, que por cierto no eran muy cautos, pues en las cartas que escribian á sus jefes, y tenemos á la vista, hasta consignaban los nombres de oficiales que llegaban de Madrid con las contraseñas convenidas y la falsa actitud en que estaban.

Persiguió Nouvilas á Dorregaray, que marchó por la sierra de Alaiz á Vera, y de aquí con gran silencio y sin formar á Lesaca, siguiendo á Yanci. Una columna liberal, próxima á

(2) Y no parecieron en varios dias.

(3) En el parte que se publicó de esta accion de Monreal, se desfiguró completamente lo sucedido, y ni aun se mencionó el bravo comportamiento de los 30 jinetes de Numancia que recuperaron las piezas perdidas y se cubrieron de gloria. Al pedir el teniente coronel se abriera una informacion para que se demostrara el proceder de sus soldados y el suyo, y como lo reclamaba el buen nombre del cuerpo, fué enviado por Nouvilas por dos meses á un castillo.

(1) En esta misma carta fechada el 1.º de enero de 1873, añadia lo siguiente: «Muy reservado: un jefe de division que está en N.... ha enviado á decir que hostilizará lo menos que pueda á los carlistas, y que dirá siempre en casa de los patrones el punto á donde vaya para que lo sepan los carlistas.»